

Literatura, historiadores y artistas: repercusión de la Guerra de la Independencia en Cataluña a través de los libros de viajes

LAURA GARCÍA SÁNCHEZ

Universitat de Barcelona

Resum

El segle XIX va ser un dels períodes més propicis per a la impressió de llibres de viatges relacionats amb Espanya, situació que es va veure impulsada per motius tan concrets com la cada cop més palesa afició per conèixer nous llocs del denominat romanticisme històric, les millores dels mitjans de comunicació i els transports, el gust generalitzat per tot allò que fos exòtic o el perfeccionament de la màquina fotogràfica. La visió de determinades regions i ciutats a través d'aquests relats de viatgers de diferents èpoques va facilitar la recuperació de la cultura i de la mentalitat d'una època.

En l'àmbit més específic de la història, la Guerra de la Independència també va despertar un estímul viatger. La llegenda nascuda a l'entorn d'aquest conflicte bèl·lic, amb l'heroica i sagnant repulsa a la invasió napoleònica i el conjunt del territori transformat en un camp de batalla i de resistència de guerrilles, de bandolers, de la Inquisició, d'estratègies militars... va nodrir la literatura del moment i, per què no, la imaginació dels seus autors, els quals van donar a conèixer d'aquesta manera aspectes molts diversos del conjunt del país. En el cas de Catalunya, amb Barcelona i Girona com a llocs més durament assetjats, l'aparició d'aquest tipus de publicacions va motivar un interès particular vers el conjunt de la regió, analitzada ara sota la mirada d'autors estrangers i nacionals que van reflectir en les seves obres nombroses impressions sobre determinades ciutats, llocs o localitats.

Paraules clau: Llibres de viatge, Guerra de la Independència, literatura de viatges, invasió napoleònica, literatura romàntica

Resumen

El siglo XIX fue uno de los períodos más propicios para la impresión de libros de viajes relacionados con España, situación que se vio impulsada por motivos concretos como la creciente afición por conocer nuevos lugares del denominado romanticismo histórico, las mejoras de los medios de comunicación y los transportes, el generalizado gusto por todo lo exótico o el perfeccionamiento de la cámara fotográfica. La visión de determinadas regiones y ciudades a través de estos relatos de viajeros de diferentes épocas facilitaron la recuperación de la cultura y de la mentalidad de una época.

Dentro del ámbito más específico de la historia, la Guerra de la Independencia despertó también un estímulo viajero. La leyenda surgida en torno a este conflicto bélico, con la heroica y sangrienta repulsa a la invasión napoleónica y el conjunto del territorio transformado en un campo de batalla y de resistencia de guerrillas, de bandoleros, de la Inquisición, de estrategias militares... alimentó la literatura del momento y, por qué no, la imaginación de sus autores, quienes dieron a conocer así aspectos muy diversos del conjunto del país. En el caso de Cataluña, con Barcelona y Gerona como enclaves más duramente sitiados, la aparición de este tipo de publicaciones motivó un interés particular hacia el conjunto de la región, observada ahora bajo el prisma de autores extranjeros y nacionales que reflejaron en sus obras sus impresiones sobre determinadas ciudades, lugares o localidades.

Palabras clave: Libros de viaje, Guerra de la Independencia, literatura de viajes, invasión napoleónica, literatura romántica,

Abstract

The XIXth century was one of the most auspicious periods for printing travel books related to Spain. This situation was driven by specific reasons such as the growing passion for knowing new places of the called historical romanticism, the improvement of the media and transports system, the widespread taste for anything exotic, or the improvement of cameras. The vision of certain regions and cities through these travel accounts from different periods helped restore the culture and mentality of an era.

Within the specific field history, the Independence War awakened a travelling stimulus as well. The legend that aroused this war conflict, with

the heroic and bloody repulse to Napoleon's invasion and the whole territory transformed into a battlefield and a guerrilla and bandits' resistance area, with the Inquisition, military strategies... all these facts fueled the literature of the time and, why not, the imagination of its authors, who thus brought to light many different aspects of the country. In the case of Catalonia, with Barcelona and Girona as most severely besieged sites, the appearance of these types of publications led to a particular interest in the whole region, with was now being observed through the prism of foreign and local authors who reflected in their works their impressions of certain cities, places or localities.

Key words: Travel books, Independence War, travel literature, Napoleon invasion, romantic literature

1. Invasión de España: estrategia de la ocupación

La Guerra de la Independencia, o Guerra del Francés como vino a denominarse en Cataluña, va mucho más allá de una narración que los relatos tradicionales acostumbraban a empezar de forma habitual con la entrada de los ejércitos franceses en 1808, iba explicando los acontecimientos según los ritmos de las diversas campañas militares y concluía en 1814, fecha marcada por el regreso del Fernando VII al poder. Hoy en día resulta difícil aceptar una óptica tan simplista. La guerra misma no fue el sencillo enfrentamiento de dos ejércitos, el francés y el español, sino que tuvo como protagonista esencial la guerrilla en una medida desconocida anteriormente y en la que los hombres que rechazaban combatir en el ejército regular lo hacían en las partidas.

La entrada de las fuerzas napoleónicas en la Península tuvo un pretexto: las estipulaciones del tratado de Fontainebleau, compromiso según el cual España y Francia acordaban repartirse Portugal. De hecho, se suponía que los ejércitos franceses que empezaron a introducirse en España desde octubre de 1807, dirigiéndose hacia Burgos y Valladolid, venían a

auxiliar a los españoles en la proyectada invasión. Que sus objetivos iban más allá quedó demostrado a través de la llegada de contingentes mucho más numerosos por el este y que fueron ocupando las principales plazas fuertes con la escasamente creíble excusa de prevenir un desembarco inglés en Andalucía. La realidad era que el Imperio aspiraba también a controlar la monarquía española, dado que dominarla quería decir, en principio, tener poder sobre las Indias y el control del tráfico de los metales preciosos procedentes de las colonias americanas. Napoleón estaba convencido que la España de principios del siglo XIX, gobernada por una dinastía inepta, era un enemigo sin importancia y que podía someterse con poco esfuerzo. Por otro lado, también pensaba que la fortaleza de los ejércitos españoles era más bien pobre. Lo que no había previsto era la importancia de las fuerzas irregulares contra las que tendría que luchar y la poderosa combinación que podía hacerse de esta resistencia y de la ayuda de las tropas británicas.

Las primeras huestes francesas entraron en Cataluña el 9 de febrero de 1808, comandadas por el general Duhesme. Les seguirían posteriormente, y a lo largo del año, las del general Joseph Chabran, las de Honoré Charles Reille y las del mariscal Laurent de Gouvion Saint-Cyr. A Barcelona llegaron casi al mismo tiempo José Manuel de Ezpeleta, el nuevo capitán general de Cataluña, y los franceses, quienes hicieron su entrada la tarde del 13 de febrero en un total de 5427 hombres y 1830 caballos. Fueron bien acogidos, siguiendo instrucciones de Madrid, pero el clima imperante era intranquilo. En teoría tenían que permanecer tres días en la ciudad, en su camino hacia Cádiz. Pero las cosas empezaron a complicarse cuando el 15 se añadieron cuatro mil soldados más y, sobre todo, cuando iban pasando los días sin desplazamiento alguno. Mientras, los enfrentamientos entre los ciudadanos barceloneses y los soldados extranjeros eran cada vez más frecuentes. El 29 los franceses ocuparon por sorpresa la Ciudadela y Montjuic, con la tolerancia de Ezpeleta y ante la irritación ciudadana. Durante los meses de marzo a junio la situación fue extraña y difícil: unas tropas teóricamente aliadas, mantenidas por el Ayuntamiento, se hacían con puntos estratégicos de Barcelona mientras

el capitán general daba ordenes con la intención de calmar la agitación popular contra aquellos visitantes que poco a poco se iban transformando en ocupantes. Esta toma de posesión provocó tensiones en diversas localidades que dieron lugar en toda España a las revueltas del mes de mayo.

2. Resistencia en Barcelona. El papel de las guerrillas

Mientras en Barcelona se repetían los incidentes, el levantamiento se inició con un seguido de enfrentamientos locales y con acontecimientos como la quema del papel sellado habilitado para las nuevas autoridades de Manresa. Paralelamente aparecieron las primeras estructuras insurreccionales en la forma de Juntas de Gobierno y de Defensa que intentaron llenar el vacío de poder creado por las abdicaciones de Bayona y la instauración de un rey intruso: José I, hermano de Napoleón. La primera que se constituyó fue la de Lérida, presidida por el obispo de la diócesis, a la que siguieron las de Tortosa, Tarragona, Igualada, Manresa, Gerona y Vilafranca del Penedés. Muy pronto, el 18 de junio, se creó la Junta Superior de Gobierno del Principado de Cataluña, dirigida por el obispo de Lérida y con representantes de todos los corregimientos de Cataluña. Su propósito era dirigir la lucha contra el invasor y se disolvió en 1812. Como tantas otras veces, el levantamiento popular no se centró solo en la invasión francesa, sino que llevaba un germen de revuelta contra el régimen señorial. Menudearon las negativas a pagar los derechos señoriales, aduciendo que «si no tenim rei, mo hem de pagar».¹

La lucha contra los franceses tomó diversas formas, y las operaciones militares se combinaron con las guerrillas. Los primeros episodios que merecen destacarse fueron las batallas del Bruc, la derrota de una columna francesa dirigida por el brigadier Schwartz el 6 de junio, y la victoria

1. Carlos SECO SERRANO, *Sociedad, literatura y política en la España del siglo XIX*, Guadiana de Publicaciones, Madrid, 1973, pp. 17-45.

sobre una segunda columna enviada con misión de represalia, el 14 de junio de 1808. De hecho, el significado moral de estos conflictos armados fue más importante que el militar. Más tarde fueron mitificados por la historiografía romántica, especialmente en torno a un personaje, el *timbaler del Bruc*, a quien se atribuyó una decisiva intervención. Las guerrillas contra los franceses se extendieron por toda Cataluña y el resto de España. Sus protagonistas tomaron forma en grupos irregulares que aprovecharon los momentos y las circunstancias en que la relación de fuerza les era favorable para tender emboscadas y llevar a cabo ataques por sorpresa, evitando batallas campales. Con ello se dificultó con notable éxito los movimientos de las tropas invasoras y sus comunicaciones. De hecho, la extraordinaria amplitud de la respuesta guerrillera por toda España dio al traste con los planes de Napoleón de dominar la Península. Las guerrillas tuvieron bajo constante amenaza las líneas de contacto, interceptaban los partes enemigos, proporcionaban al general británico Wellington información sobre los movimientos del adversario y animaban de forma constante a la población de las zonas ocupadas a una resistencia sin límite frente a los franceses.²

En Cataluña, no obstante, la autoridad militar francesa fue indiscutible, aunque limitada a los núcleos de población importantes y a las fortificaciones de interés estratégico. Barcelona fue dominada desde el primer momento; un intento de insurrección, en 1808 (la conspiración de la Ascensión), resultó abortado por una delación, y los principales conjurados fueron ejecutados. El mismo año de 1809, Gerona sufrió un nuevo sitio, el tercero y definitivo (los dos anteriores, en 1808, habían acabado con la retirada francesa). Durante ocho meses, la guarnición, mandada por el general Álvarez de Castro y ayudada por la población civil, mantuvo una numantina defensa hasta que, a finales de diciembre de 1809, los galos consiguieron ocupar la ciudad, cuya población quedó diezmada.

2. Ian ROBERTSON, «Guerra a cuchillo», en su *Los curiosos impertinentes. Viajeros ingleses por España desde la accesión de Carlos III hasta 1855*, Serbal, Madrid, 1988, pp. 175-177.

3. *Anexión de Cataluña*

Asegurado el control de Barcelona y Gerona, el mariscal Pierre François Charles Augereau, comandante supremo de los ejércitos franceses en Cataluña, ayudado por el afrancesado Tomás de Puig, impulsó una política de atracción, intentando aprovechar las particularidades del país: a título de ejemplo, el *Diario de Barcelona* apareció en catalán y en francés, y se dirigieron proclamas a la población en las que se le recordaban, entre halagos interesados, episodios gloriosos de la historia catalana descaradamente manipulados. El propósito de Augereau, que no logró engañar a nadie, duró muy poco porque el mariscal cayó pronto en desgracia. Sus sucesores acentuaron las operaciones militares, logrando la ocupación de Lérida (1810), Tortosa (1811) y Tarragona, que fue sometida a un terrible y asolador saqueo de tres días de duración. El monasterio de Montserrat, lugar de refugio de la Junta, fue también destruido.

Finalmente, el 26 de enero de 1812, Cataluña fue pura y simplemente anexionada a Francia y dividida en cuatro departamentos: el del Ter, con capital, en Gerona; el del Segre, con capital en Puigcerdà; el de Montserrat, con capital en Barcelona; y el de Bocas del Ebro, con capital en Lérida. En otro orden de cosas, en 1810, y ante el vacío de poder creado por las abdicaciones de Bayona, se reunieron las Cortes de Cádiz, la primera asamblea parlamentaria española. Su importantísima tarea puede simbolizarse en la elaboración de la Constitución de 1812, el primer texto constitucional que tuvieron los españoles (ya que la constitución de Bayona fue impuesta por Napoleón), en la cual se formula con claridad que la soberanía nacional está por encima del rey, y se proclaman los principios de igualdad civil y libertad personal. Cataluña envió 15 diputados a las cortes de Cádiz, entre los cuales destacaron Antoni de Capmany y Ramon Llàtzer de Dou. La situación en Europa, sobre todo después del fracaso de la campaña de Rusia, obligó a Napoleón a retirar tropas de la Península Ibérica, circunstancia que aprovecharon las tropas inglesas y españolas para ir consolidando sus posiciones. El mismo rey José I tuvo que

abandonar España en julio de 1813. El mariscal Suchet³ evacuó Valencia y organizó en Cataluña sus últimas líneas defensivas hasta que, finalmente, el 25 de abril de 1814, firmó un armisticio con Wellington. Los franceses salieron de Barcelona y de otras plazas fuertes que habían ocupado hasta el último momento como Tortosa, Hostalric y Figueres.

4. *Los libros de viaje: impresiones de una realidad vivida*

La contienda dejó unas terribles secuelas de muerte, destrucción y miseria, situación que se vio agravada por el pago de impuestos y contribuciones de guerra, además de la subsiguiente crisis económica. La secuela del fenómeno de las guerrillas fue la persistencia de núcleos de personas inadaptadas para una vida normal y pacífica. Plantada la semilla de un futuro de subversión del antiguo orden establecido, fue germinando lentamente, inadvertida para los que creyeron, en 1814, que bastaba con regresar al sistema político, la administración y las leyes a su estado de 1808, y de perseguir y expulsar a los hombres que habían intentado cambiarlos para recuperar el hilo de la historia en el mismo punto en que había quedado interrumpido en el mes de mayo de 1808. No tardaron mucho tiempo en descubrir que estaban equivocados y que la sociedad había cambiado más de lo que pensaban y no se la podía hacer regresar hacia el pasado y alterar el rumbo de las corrientes del tiempo.⁴

Sin embargo, la guerra tuvo otro tipo de repercusiones que, de forma insospechada, beneficiaron a España. A nivel cultural y sobre todo literario, la imagen del país quedó decisivamente modificada gracias especialmente a la fama que le proporcionó su tenaz resistencia al ejército invasor.⁵ De hecho, cuando Inglaterra y España se aliaron en 1808 hubo la

3. *Memorias del mariscal Suchet, duque de Albufera, sobre sus campañas en España, desde el año 1808 hasta el de 1814, escritas por el mismo, traducidas en español, con el más particular esmero por G... D... M., Bossangue padre, Paris, 1829, 4 vol. In-12, portrait.*

4. José Luis ABELLÁN, *Liberalismo y Romanticismo (1808-1874)*. Historia Crítica del Pensamiento Español, vol. IV, Espasa-Calpe, Madrid, 1984.

5. Russell P. SEBOLD, *Trayectoria del romanticismo español*, Editorial Crítica, Barcelona, 1983.

intención de impulsar a través del teatro y de otras manifestaciones culturales una propaganda que mejorase la visión que se tenía de los españoles. En otras palabras, la admirada fascinación que suscitaron el heroísmo de los sitiados o la virulencia de las guerrillas constituyó un ingrediente nada desdeñable en el renovado interés por el país que impregnó el Romanticismo.⁶ La auténtica ola de hispanofilia que recorrió Europa desde principios del siglo XIX inundó los terrenos políticos, literarios, viajeros y artísticos: la idea de la existencia de una escuela española de pintura adquirió entonces entidad propia gracias al gusto difundido por viajeros y estudiosos y que cultivaron algunos coleccionistas privados y empresas de la talla del Museo Español de Luis Felipe. Al mismo tiempo, muchos pintores del momento escogieron las obras de insignes artistas españoles, la imagen de la nación o la contemplación directa de su realidad y paisajes como fuente de renovación.⁷ Y aunque son abundantes los relatos que sobre su desplazamiento por España dejaron escritos los viajeros del siglo XVIII, son mucho más numerosos los redactados durante el siguiente siglo.

El propósito del viaje influyó obviamente en la forma de escribir el relato posterior. El prototipo de viajero que recorría España en el siglo XVIII solía ser por lo general, aunque con todas las matizaciones que su distinto origen geográfico y social requería, el de un erudito, un estudioso, un diplomático que aprovechaba su estancia para conocer sus costumbres, sus manifestaciones artísticas, su historia... pero menos veces el de un literato, como sucedería con los viajeros románticos del siguiente siglo;⁸ su estilo era, por ello árido muchas veces. Esto no quiere decir que no se publicasen relatos de viaje por España realizados por viajeros extranjeros o españoles que recorrían su propio país con un estilo literario cuidado, buscando la amenidad del lector además de la transmisión de conocimientos.⁹

6. Léon-François HOFFMANN, *Romantique Espagne. L'image de l'Espagne en France entre 1800 et 1850*, P.U.F., París, 1961.

7. Josefina GÓMEZ MENDOZA et al., *Viajeros y paisajes*, Alianza Editorial, Madrid, 1988.

8. Gaspar GÓMEZ DE LA SERNA, *Los viajeros de la Ilustración*, Alianza Editorial, Madrid, 1974.

9. María del Mar SERRANO, *Viajes y viajeros por la España del siglo XIX*, *Revista Geocrítica*, 98 (1993), p. 12.

5. Los inicios: del *Voyage Pittoresque et Historique de l'Espagne* al *Itinéraire descriptif de l'Espagne* de Alexandre de Laborde

A grandes rasgos, el espíritu de la Ilustración estuvo presente entre los motivos generales que impulsaron al viaje a los relatores del XVIII y el talante romántico entre aquellos que emprendieron su particular aventura en la centuria siguiente. Uno de los libros más importante en relación al tema que nos ocupa es, sin duda, el realizado por Alexandre de Laborde, conocido con el sugestivo título de *Voyage Pittoresque et Historique de l'Espagne*. No tan conocida, pero también muy interesante, es otra de sus publicaciones, el *Itinéraire descriptif de l'Espagne*. La primera comenzó a publicarse en 1806, y la segunda en 1808, aunque existe la errónea creencia de que Laborde escribió primero el *Itinéraire* y después el *Voyage*. Aunque por cronología quedan algo periféricas respecto a la Guerra de la Independencia, si que tuvieron mucho que ver con el conflicto bélico, especialmente esta última, desde el punto de vista del supuesto aprovechamiento que hizo Napoleón de su topografía descriptiva para invadir España.

Algunos autores explicaban en el prólogo los esfuerzos realizados a favor de que la obra publicada fuera rigurosa en los datos que aportaba e indicaban también las fuentes. Por ejemplo, Laborde señala que en el *Itinéraire*, más próximo realmente a una monumental guía que a un relato de viaje, empleó tres años en la recolección de datos y sólo algunos meses en redactarla. El autor eligió la forma de itinerario para su obra porque le pareció «la más metódica y conforme al gusto de la mayoría de los viajeros». Era, además, cómoda en un país del que apenas se conocía su configuración y sobre el cual no se tenían planos precisos. En este sentido, dejó constancia de la ausencia de viajeros extranjeros comparándolos con los que visitaban otros países europeos. Según su propia confesión, cuando llegaba a una localidad preguntaba por el «hombre erudito del lugar». Generalmente era conducido entonces a un canónigo para los datos históricos, a un boticario para los de historia natural o a un comerciante o abogado para los datos sobre comercio o agricultura y también a un noble o alto clero. Alexandre de Humboldt, a quien Laborde llama

«respetable amigo», le proporcionó datos sobre finanzas de las posesiones de España en América y de geología en la Península. Esas fueron sus fuentes, además, lógicamente, de itinerarios anteriores, como el de Antonio Ponz u otras obras afines.¹⁰

Por su parte, el *Voyage Pittoresque* resulta muy conocido para todo estudioso de la historia artística de la Península, principalmente por el detalle que proporciona de una serie de monumentos que ya no existen y de otros que se han conservado hasta hoy en día y que han podido ser restaurados gracias a los datos que proporciona el libro. La obra está formada por dos volúmenes de gran formato divididos en dos partes. La primera parte del primer volumen está dedicada a Cataluña; la segunda, al Reino de Valencia y a Extremadura. El segundo tomo empieza con la descripción de Andalucía, completando el libro zonas tan importantes como Navarra, Aragón y Castilla. Una de las mayores riquezas de esta publicación son los 349 grabados que la acompañan, de gran calidad, para cuya elaboración fue necesario reunir un gran número de ilustraciones realizadas por un equipo de artistas y dibujantes, entre los que sobresalieron Jacques Moulinier y François Ligier, quienes representaron los aspectos inéditos y pintorescos de los paisajes, monumentos y ciudades que iban visitando. Mientras se llevaba a cabo el proyecto, la obra tuvo un importante eco en la prensa. El estallido de la guerra en España en 1808 comprometió seriamente la finalización de un proyecto que había nacido con la ayuda tanto del rey de España como del gobierno francés. La guerra comportó la ruina de Laborde, que se vio obligado a pagar con su propia fortuna la realización final del libro. Después, la caída del imperio retrasó aún más su publicación, prolongada durante catorce años (1806-1820).

En el plan general de los volúmenes, originalmente más ambicioso, la descripción de los monumentos antiguos se repartía en la misma proporción

10. Antonio PONZ, *Viage de España, o Cartas en que se da noticia de las cosas más apreciables, y dignas de saberse, que hay en ella*. Su autor D. Pedro Antonio de La Puente, por D. Joachin Ibarra, impresor de Cámara de S.M., Madrid, MDCCLXXII-MDCCXCIV, 18 vols.

que los monumentos de otras épocas. La posterior reestructuración del proyecto redujo los capítulos correspondientes a la época medieval y potenció el tratamiento de la historia y el arte antiguos de la Península, fruto de la admiración de Laborde por Roma. La definitiva incorporación de la Península Ibérica a las rutas europeas de viajeros supuso el descubrimiento de sus posibilidades plásticas, ya que, apenas unos años antes, la inclusión de España en el Grand Tour que los jóvenes de la nobleza y la burguesía solían realizar no era tan frecuente como la de otros países. El *Voyage* ejerció, sin duda, una gran influencia en la fijación de los tópicos y los estereotipos culturales de los viajeros románticos que, durante el siglo XIX, visitaron la Península Ibérica. Gracias a este libro, muchos curiosos la descubrieron y supieron apreciarla como puente de paso hacia el siempre fascinante Oriente.

6. *El exotismo árabe en España*

Sin embargo, España era considerada por sí misma como un lugar exótico y más aún la zona de Andalucía, hasta el punto de que en una fecha tan avanzada como 1861 un viajero eligió para su relato un itinerario por la zona norte, desde Barcelona a Tolosa, al que curiosamente denominó «la España desconocida»¹¹ y que, a su vez, fue motivo de estudio.¹² Otros que, por el contrario, habían visitado España apenas esbozada la Guerra de Independencia, se sorprendían de la escasa incidencia del conflicto en lugares como Cádiz, donde se decía que «incluso el dinero que una dama se gasta en medias de seda y zapatos (nunca llevan los mismos dos veces) es cuantioso».¹³ Obviamente, cuando las ciudades a visitar eran muchas el desplazamiento se convertía en directamente proporcional a la gente que se tenía la oportunidad de conocer, con sus ideas, sus costumbres y sus creencias. Así, no resultaba sorprendente entablar

11. Justin CÉNAT-MONCAUT, *L'Espagne inconnue. Voyage dans les Pyrénées, de Barcelone à Tolosa. Mœurs, anecdotes, beaux-arts, routes nouvelles, industrie*, Amot, París, 1861.

12. Jaime del BURGO, *La aventura hispánica de los viajeros extranjeros del s. XIX y la España desconocida de Cénat-Moncaut*, Ed. Gómez, Pamplona, 1963.

13. ROBERTSON, «William Jacob (1809-1810)», en *Los curiosos*, p. 171.

amistad con personajes variopintos como el magistrado de Gaucín, obsesionado con el tema de la expulsión de los franceses de su provincia. A su juicio, solo los andaluces debían defender Andalucía; los valencianos, Valencia; y los catalanes, Cataluña. El concepto de España como único reino, con intereses comunes a todas las regiones, no parecía formar parte de su ideología. La decidida hostilidad hacia Francia, que el propio diputado inglés William Jacob pudo comprobar por doquier «dificultaría la conquista, a pesar de que el ejército haya perdido incluso su nombre, pues son tan dados a la venganza individual que el enemigo se vería cercenado día tras día, en pequeños grupos, y no podría someter más que el terreno ocupado materialmente por sus tropas». ¹⁴

Edificios, vestimenta, rasgos físicos, valores morales, costumbres... todo servía para fantasear respecto a una España de matices chocantes. De hecho, fue la búsqueda del exotismo lo que impulsó al viajero romántico a visitarla en el siglo XIX, época en que las dificultades materiales para el viaje eran notorias. Para que la afluencia de viajeros fuera masiva en España tuvo que producirse un cambio de interés que paliase los obstáculos. Ese cambio lo introdujo el Romanticismo a través de su preferencia por lo extravagante, lo no uniforme, lo heterogéneo, la diversidad. La España de entonces parecía poseer, por tanto, todas aquellas características que el aventurero romántico quería y esperaba encontrar en su viaje: exotismo en sus habitantes y sus rutinas, irracionalidad en sus creencias y actitudes, exuberancia o grandiosidad en algunos de sus paisajes. Sin embargo, la realidad era muy distinta. ¹⁵ No había suficientes majos ni bandidos capaces de satisfacer las expectativas de aventuras de los relatores de viajes, como tampoco era muy elevada la presencia de toreros y gitanas ni tan grande el número de andaluzas de ojos negros y rasgados que esperase la llegada de un viajero inglés al que rendirse. ¹⁶ Por tanto, allí donde la

14. ROBERTSON, «William Jacob (1809-1810)», p. 174.

15. François HÉRAN, «L'invention de l'Andalousie au IXe s. dans la littérature de voyage. Origine et fonction sociales de quelques images touristiques», en A. M. BERNAL, coord., *Tourisme et développement régional en Andalousie*, E. de Boccard, París, 1979.

16. Alberto GONZÁLEZ TROYANO, *La imagen de Andalucía en los viajeros románticos y Homenaje a Gerald Brenan*, Diputación Provincial de Málaga, Málaga, 1987.

España real no podía cubrir todas las expectativas porque, a pesar de todo, formaba parte de Europa, surgía la España inventada que algunos viajeros presentaron, perpetuando imágenes exageradas o, en el peor de los casos, inexistentes.¹⁷

7. La huella francesa en la Península

El interés generalizado de los viajeros extranjeros por España comenzó en el siglo XIX, en parte porque la guerra mantenida contra los franceses propició, paradójicamente, el conocimiento de la Península en el resto de Europa pero, sobretodo, porque la finalidad de los viajes había cambiado en base a una dinámica propia.¹⁸ Por entonces, Cataluña era objeto del mismo interés que el resto del territorio español todo y que su proximidad con la frontera francesa la convirtieron en punto de partida de un recorrido por el resto del país. Sin embargo, no resulta desconocido el precedente del barón de Massias, quien en su cargo de oficial de artillería intervino en la guerra contra España de finales del siglo XVIII y fue hecho prisionero en Figueras. Al igual que muchos otros, aprovechó el momento y las circunstancias para escribir *Le prisonnier en Espagne*, obra que subtuló como *Coup d'oeil philosophique et sentimental sur les provinces de Catalogne et de Grenade* y de cuya lectura se desprende la presencia de todos los tópicos sobre el país.

Así, no resulta difícil concluir que un elevado número de las imágenes más o menos falseadas de la España de la época nacieron a partir de los relatos de viaje, textos que influyeron no sólo en la idea general que del país se tenía, sino también en aspectos mucho más concretos. En otras palabras, las narraciones de viaje francesas constataron cómo la moda, el estilo, la lengua o las costumbres galas eran copiadas por una parte de la sociedad

17. SERRANO, *Viajes y viajeros*, p. 32.

18. Jean-René AYMÉS, *L'Espagne romantique, témoignage de voyageurs français*, A.M. Métalie, París, 1983.

19. Antonio de CAMPANY, *Centinela contra franceses*, Dedicado al Excmo. Señor D. Henrique Holland, Lord de la Gran Bretaña, Madrid, 1808, p. 11.

española, aunque también menudearon las críticas de los españoles contra ese mimetismo de sus compatriotas. A principios del siglo XIX, momento del estallido de la guerra de la Independencia, quedó constatado como algún autor, alarmado por la adopción de las costumbres y las modas de Francia entre una franja cada vez más amplia de la sociedad española, dejó escrito que ese dramático episodio permitiría, a pesar de todo, volver a ser «españoles rancios», es decir, «valientes, formales y graves». Aludió después directamente a las guías de forasteros de la época al añadir: «Con esta guerra limpiaremos la Guía de forasteros de los nombres asquerosos de las familias reinantes napoleónicas y de sus satélites coronados».¹⁹

Lógicamente, la invasión napoleónica tuvo repercusiones negativas en cuanto a copiar las costumbres y las novedades galas. «Antes de la llegada, se admiraba todo lo que procedía de París; las modas francesas eran seguidas con pasión... La injusta agresión de Bonaparte detuvo este capricho y el orgullo castellano acusó de infame a todo español que prefiriese a las costumbres de sus antepasados, aquellas de sus crueles opresores».²⁰ Pero no mucho después de la retirada de las tropas francesas, modas y costumbres parisinas volvieron a recabar adeptos.²¹ La curiosidad por lo español no fue tan solo de dominio galo, sino que a la larga se sumaron ingleses, italianos e hispanoamericanos. Al final, las publicaciones de relatos de viaje por España realizadas por autores extranjeros llegó a ser tan numerosas que en una de sus obras, Ramón de Mesonero Romanos realizó un retrato satírico de los relatores, en este caso franceses, contraponiendo su superficialidad a la sólida narración de otros como el ya citado Ponz, Antonio Joseph Cavanilles o los hermanos Villanueva, quienes invirtieron años de estudio y dedicación antes de escribir sobre sus viajes.²²

20. M. de NAYLIES, *Mémoires sur la guerre d'Espagne pendant les années 1808, 1809, 1810 et 1811*, Officier Supérieur des Gardes-du-Corps de Monsiur, Chevallier de Saint Louis et de la Légion d'Honneur, Magimel, Anselin et Pochard, París, 1817, VI, p. 310.

21. SERRANO, *Viajes y viajeros*, pp. 39-40.

22. Ramón de MESONERO ROMANOS, *Memorias de un setentón, natural y vecino de Madrid*, Maribau y Cía, Madrid, 1881, 2 vols.